

Luis Sagasti
BELLAS ARTES



ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

Luis Sagasti

BELLAS ARTES

ETERNA CADENCIA
EDITORIA

Sagasti, Luis
Bellas Artes. - 1a ed. - Buenos Aires : Eterna Cadencia
Editora, 2011.
112 p.; 22x14 cm.
ISBN 978-987-1673-37-7

1. Narrativa argentina. Novela. I. Título
CDD A863

© 2011, Luis Sagasti
© 2011, Eterna Cadencia s.r.l.

Primera edición: mayo de 2011
Primera reimpresión: noviembre de 2012

Publicado por Eterna Cadencia Editora
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires
editorial@eternacadencia.com
www.eternacadencia.com

ISBN 978-987-1673-37-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.

A Camila y Jeremías

Ahí va el Capitán Beto por el espacio,
la foto de Garlitos sobre el comando
y un banderín de River Plate
y la triste estampita de un santo.

LUIS ALBERTO SPINETTA

1. LUCIÉRNAGAS

El mundo es un ovillo de lana.

Una madeja a la que no es fácil encontrarle la punta.

Cuando no, se toma parte de la superficie, se la jala hacia fuera, se sostiene un pequeño tramo de hilo y se lo corta con un golpe seco. Después, si se encuentra la otra punta ya habrá tiempo de anudarlas. Una receta de cocina.

Unos piensan que el mundo es un ovillo de lana de un cordero que se inmoló hace mucho para que todos pudieran abrigarse.

Y encuentran esa idea reconfortante.

Y hay otros que piensan que en realidad el mundo está sujeto por hilos. Como si la verdadera madeja estuviera en otro sitio. Entonces se dice y se publican títulos y titulares que intentan explicar cosas tales como quiénes mueven los hilos del mundo. Tapas de revistas: sobre fondo negro dos ojos amenazantes. Y hay escritores que escriben libros sobre este asunto. Todo esto no es otra cosa que la famosa teoría de las conspiraciones. Explicación que es resultado de una pereza intelectual extraordinaria: un grupo de hombres decide tejer la trama de nuestras vidas. Así como así. Porque: a. son buenos y puros; b. quieren preservar su renta; c. son malos, muy; d. custodian un secreto que, si todos nos enterásemos, sería nuestro fin y el de ellos, por supuesto. Para quien lea así el mundo, cualquier conspira-

ción, porque las conspiraciones siempre han existido, vamos, es el resultado visible de una conspiración mayor. Y las pequeñas conspiraciones se encuentran todas relacionadas entre sí. El hombre no llegó a la Luna; Paul McCartney murió en 1967 y fue reemplazado por alguien idéntico; Cristo se bajó de la cruz, tuvo mellizas con Magdalena; Shakespeare es Francis Bacon; la Logia Lautaro es una rama de la masonería, que es una rama de los rosacruces, que es una rama de los gnósticos y el árbol se hace tan grande que no solo no deja ver el bosque sino que además lo llena todo de sombras y allí aparecen entonces esos dos ojos negros amenazantes que quieren que sepamos que hay algo que es mejor no saber. Porque, esto sí sabemos, los conspiradores siempre dejan pistas, como si todo no fuera más que un juego de escondidas. Para las personas que así piensan, cualquier secreto constituye complot, porque, cuando se conspira, se respira al unísono y bajito, como cuando se dice un secreto.

Uno no debería creer en ellas, pero sí en los secretos. Después de todo, la infancia no era otra cosa que el desvelamiento progresivo de secretos bien guardados. Revelarlo todo de golpe no es revelar nada. La oscuridad más pura y la luz más blanca enceguecen por igual. Ver que nuestro padre ya nos ha comprado los juguetes de los reyes por los próximos cinco años.

Cómo saber cuándo no hay más secretos. ¿Cuándo se sabe algo así? ¿O es que no hay nada que saber?

Hay secretos que hacen que el mundo funcione de determinada forma. Pero no deberían llamarse secretos.

Omisiones es más prudente. Para que la máquina siga funcionando es mejor no decir ciertas cosas. Toda familia guarda un secreto terrible que cuando se intuye se deja de preguntar.

Y hay otros que creen que existen hilos que sujetan al mundo desde adentro, como si el mundo fuera un gran ovillo y nosotros algo así como insectos, hormigas, moscas,

que damos vueltas y sobrevolamos en torno a él. Una madeja donde alguien teje algo. O acaso nadie teja nada de nada. Una gran bufanda sin Penélope que crece sin sentido en el silencio eterno de los espacios infinitos.

De lo que estamos seguros es que desde hace cientos de miles de años la madeja da vueltas sin descanso.

Eso es algo que ya sabían los primeros chamanes con solo mirar las estrellas.

No se ven muy bien las agujas ni el pulóver o la bufanda que resulta de todo esto. Quién se lo probaría. Un dios muerto de frío en la inmensidad del espacio, o un dios que es el espacio a doscientos setenta grados bajo cero, inmóvil, congelado, que observa que en la madeja giratoria cada tanto aparecen insectos fosforescentes que son algo así como luciérnagas, que aparecen de un lado y del otro del ovillo, como si pudieran atravesarlo. Atravesarlo, sí. De lado a lado. Solo esas luciérnagas parecen huir de las agujas. O tal vez sean ellas mismas las agujas.

Afuera hace frío; allí arriba hace frío. Sí, las estrellas en el cielo: cientos de millones de grados y el cero absoluto es la distancia que se labra entre unas y otras. La línea recta que une las Tres Marías, por ejemplo, es una aguja de hielo detenido a doscientos setenta grados bajo cero. Todas las constelaciones están hechas con agujas de hielo que reflejan enormes animales que se esconden en algún lugar de este planeta-ovillo.

Deberíamos buscar entre los hombres únicamente a las luciérnagas; el resto son solo animales cuya escarcha se refleja en los cielos.

¿Deberíamos convertirnos en luciérnagas?

Y desde que los hombres levantaron por primera vez la cabeza y observaron las estrellas y las comenzaron a distinguir solo por los hilos invisibles de plata helada que las unen, comenzaron también a contar la historia. De por qué el ovillo da vueltas para regresar al mismo lugar cada año; quién es el gran costurero, el gran animal, el gran reno, el

gran oso, la gran liebre que teje su pulóver con esas agujas de hielo para abrigar a quienes vayan allí una vez que su piel sea tan blanca como sus propios huesos. Y duermen el sueño sin imágenes y se conviertan, claro, en el sueño de otros. O den material para su insomnio.

Ahí arriba hace mucho frío. Por eso la historia del gran pulóver se narra junto al fuego. Una y otra vez. Y desde ahí arriba, sentado en el borde de las agujas de hielo que separan las estrellas, ¿se ve el fuego crepitar?, ¿se puede ver la luz de las cavernas ?

Hombres insectos, hechos un ovillo, reunidos en torno a la luciérnaga, que con su relato enciende la noche.

Hace frío allá afuera. Siempre conviene empezar por donde hace frío, o por donde hay líquido. Esa es la punta del ovillo. Para así llegar más tarde al calor de la buena tierra.

Por dónde empezar si no encontramos la punta y no queremos romper la madeja.

Empezar por las bocas abiertas de los que escuchan la historia del ovillo frente al fuego, por ejemplo. O la boca abierta de los que caen al frío.

La boca se abre siempre cuando es la primera vez. Reproduce el abismo helado que distancia las estrellas.

En el comienzo y en el final la respiración se detiene. Siempre. La boca se agranda. O los ojos, que son dos bocas que se lo tragan todo. El mundo cabe en el cuerpo y una vez que lo ocupa por completo, explota contra el suelo y sale en un grito. O en un suspiro.

Un, dos, tres, y el cuatro que no se pronuncia, la banda que no respira, y ahí sí, la música de las esferas comienza a sonar.

2. HAIKUS

Durante el invierno de 1943, uno de los más crudos que se recuerden, acaso porque nadie tenía nada en el estómago, el Stuka que conducía el oficial Joseph Beuys fue alcanzado por un caza ruso tras un breve combate en el cielo de Crimea. Abajo, el frío volvía transparentes las hojas de los abetos: los bosques translúcidos, un juego de espejos azules que hacen estallar el avión en cientos de fragmentos antes de que el avión toque tierra. Por los espejitos de nieve que cuelgan de los árboles pasa como ráfaga la cara de Beuys, deshecha antes de tierra. Los espejos de nieve como pequeñísimos haikus perfectos. Todo no dura más que unos cuantos cientos de años que se las arreglan bastante bien para entrar en un parpadeo. Hacía casi dos días que la nieve caía lenta, esparciendo partículas de silencio en las ramas, en el suelo. La nieve absorbe parte del ruido del avión en estampida, pero el sonido de miles de espejos rotos llega al oído alerta de los tártaros. La pericia o la suerte del piloto evitaron que el avión cayera de punta y estallara. El oficial Beuys, gravemente herido, es rescatado inconsciente y a punto de congelarse por un grupo de tártaros nómades que ignoran la guerra. Han aprendido en esos años que cuando en lo alto se escuchan truenos sin tormenta lo mejor es refugiarse bajo los árboles más grandes. El copiloto

se ha desnucado. Gunnar Vogts se llamaba. Nunca se supo qué fue de su cuerpo.

Durante un tiempo que Beuys no puede calcular, la muerte le anda al acecho, pero el chamán de los tártaros la mantiene a raya: unta las heridas del aviador con grasa de animal, lo envuelve en fieltro: la piel de liebre es lo mejor para resguardar a alguien del frío; recita las plegarias que ha aprendido durante una noche de las tres en que no hay luna. A los días, la muerte se va a picotear a otra parte. Cuando vuelve en sí, el aviador comienza a hablar en un idioma incomprensible, de palabras hechas de fiebre, inseparables unas de otras, aun para el chamán, que conoce el lenguaje de los animales. El hombre que cayó del avión tiene ojos claros, labios gruesos. Se encuentra muy atontado como para que el miedo le gane muecas a la cara. Los tártaros lo mantienen despierto la mayor parte del día, envuelto siempre con el manto de fieltro. Una momia es lo que parece. Descansa frente a una fogata que no ha visto encenderse. Tirita. No sabe bien cuándo está soñando y cuándo no, si hace calor o hace frío. Cree despertarse en medio de la noche. Ve cosas. O no, quizás no ve nada. Es probable que no vea nada. El cerebro es una marmita encendida. Las neuronas como miles de espejos quietos que reflejan sin juzgar —en eso consiste su fidelidad. Los tártaros pasan delante de él: son haces de luz. Las caras llegan desde arriba, como si cayeran ante sus ojos. Algunos sonrían, otros lo observan con asombro. El chamán aparece por las noches y Beuys ve que su cabeza está encendida. Años más tarde, Beuys recordará haber estado dentro de una carpa muy grande. El techo era azul desteñido y en él se distinguían, ¿pintadas?, ¿cosidas?, una serie de estrellas amarillas y blancas.

—Busqué reconocer alguna constelación, pero no pude: las estrellas se movían cada vez que las miraba.

Cierta vez, el chamán señala un lugar vacío entre dos estrellas y dice algo impronunciado para Beuys. Pero esa

palabra, que repite el chamán una y otra vez señalando el espacio vacío entre las estrellas, lo calma.

Tampoco sabe muy bien Beuys qué es lo que come, pero el vigor avanza sobre el cuerpo. Un día se levanta, sale de la carpa y puede caminar unos cuantos pasos sin ayuda. Los tártaros lo siguen con la mirada. Un chico se esconde detrás de la madre y espía al aviador. Beuys se da vuelta y el chamán le devuelve la sonrisa.

Al poco tiempo, no puede precisar si han pasado dos o tres días, una patrulla alemana lo rescata. Beuys termina su curación en un hospital de campaña. Quien al cabo de un mes regresa al frente de combate es otra persona, que será sucesivamente condecorada, degradada por rebeldía, apresada por los ingleses y, finalmente, devuelta a Alemania una vez que la guerra finalice. Las cicatrices de la cabeza terminarán siendo cubiertas por un sombrero de fieltro especialmente fabricado con telas Stetson de Londres. Largos sacos de piel, a veces chalecos de pesca, completan su uniforme. Muy pocas fotos lo muestran sin ese atuendo. A veinticinco años de los sucesos de Crimea, Joseph Beuys se convierte en uno de los artistas más influyentes del mundo.

En 1969 Kurt Vonnegut publica *Matadero cinco*. La nave insignia de mi pequeña flota, declara en un reportaje. Se la lea como se la lea, y hay muchas formas de hacerlo, siempre se encontrará entre las cinco candidatas a la gran novela americana del siglo xx. En 1944, Vonnegut es tomado prisionero por los alemanes luego de la batalla de Ardenes. Es trasladado y enjaulado en el matadero número cinco de la ciudad de Dresde.

La belleza de la ciudad es un imán que atrae la ira de los aliados: en febrero de 1945, la Florencia del Norte, así le decían, es desintegrada por las bombas. Los alemanes se habían ensañado con Coventry unos años antes. Ahora son aleccionados: las joyas de la corona nunca se tocan. Vonne-

gut es uno de los siete americanos que sobreviven. Una semana antes del bombardeo su madre se suicidaba en Chicago. Vonnegut intentará lo propio y sin éxito en 1985. El cóctel de pastillas y alcohol que preparó es el mismo que tomó su madre. Luego de la guerra, Vonnegut se instala en Nueva York. Más allá de cínico, la guerra lo había convertido en un depresivo crónico; bebía y fumaba demasiado.

El protagonista de *Matadero cinco* se llama Bill Pilgrim y es, claro, un alter ego de Vonnegut. Bill puede desplazarse a diferentes instancias, pasadas y futuras, de su propia vida. Le ocurre de manera involuntaria. En las primeras páginas de la novela, Vonnegut escribe que muchos años después de la guerra, el avión que transportaba a Bill Pilgrim de Ilium a Montreal se estrelló en la cima del monte Sugarbush, en Vermont. Todos murieron menos Bill. El accidente "le dejó una terrible cicatriz en la parte superior del cráneo".

Después de ese accidente, Bill Pilgrim comenzó a decir que había sido raptado por los alienígenas del planeta Tralfamadore.

En octubre de 1992 el museo estatal de Gelsenkirchen publica una selección de trabajos de Joseph Beuys que lleva el nombre de *Mensch, Natur und Kosmos*. El volumen tiene un breve estudio preliminar de Franz van der Grinten. Se trata de una serie de acuarelas que el alemán pintó entre 1948 y 1957. Se encuentran dibujadas sobre hojas de carpeta o en anotadores. La más grande mide treinta y dos por veinticinco centímetros y, pese a que la edición es muy buena, el trazo a lápiz de muchas de ellas es tan liviano que cuesta distinguir las formas. Ciervos, mujeres, agua, árboles pintados con rayos de luna. En los primeros, en cambio, el trazo y los colores son más enérgicos. En la portada del libro aparece un dibujo enérgico -mucho más enérgico que el resto: un ciervo, el primero de una serie que no se adivina, dos mujeres, acaso, detrás un volcán